

Capítulo 1

The Berkshire Informer, 7 de octubre de 1816

Celebramos el retorno de Johnny Tring, que se perdió en el mar hace seis años, dejando desesperados a sus familiares. Gracias al inmenso poderío de la Armada de Su Majestad y la valentía de los marinos británicos, él, junto con casi dos mil infelices almas cristianas, ha sido liberado del espantoso cautiverio en manos de los crueles corsarios mahometanos de Argel. La mayoría de estos desventurados procedían de cálidos países mediterráneos. Cuán inmensa debe de ser la gratitud de Tring a Aquel que está en las alturas por haber sido devuelto al fresco y verde Elíseo de Berkshire.

Más bien una desagradable sacudida para el organismo, pensó Laura Gardeyne, arrebujándose más el chal de lana. El esquivo sol acababa de esconderse nuevamente detrás de las nubes y una fresca brisa agitaba las páginas del diario y las moribundas hojas del roble bajo el cual se encontraba el banco en que estaba sentada.

De todos modos, ser liberado de cautiverio y esclavitud debía alegrar cualquier corazón.

—Mamá —dijo Harry, su hijo de tres años, corriendo hacia ella—, ¿me das la pelota?

Tal como un hijo debe alegrar cualquier corazón, pensó. Sonriéndole le pasó la pelota y una bolsa de lona.

—¿Por qué no le pides a Nan que construya una torre con tus bloques? Así podrás intentar echarla abajo con la pelota.

Él volvió corriendo hasta su niñera, todo un robusto manojito de energía con sus pantalones caqui y una chaqueta azul corta. Libre, como son libres siempre los niños felices; como rara vez lo son los adultos.

Contempló ese pequeño trozo del «Elíseo». El parque de la casa Caldfort, en su estilo natural, era hermoso incluso en un día nublado. La hierba que cubría todo el terreno desde la casa hasta el río Cald se mantenía siempre corta, gracias a las ovejas que pacían allí, y estaba salpicado aquí y allá por majestuosos y viejos árboles.

La casa se erguía en una elevación de terreno, cuadrada, blanca y majestuosa, la imagen misma de una casa de campo moderna.

¿Cómo era lo que escribió Lovelace?

Los muros de piedra no hacen una prisión,
ni las rejas de hierro una jaula.
Las mentes inocentes y reposadas
toman eso por una ermita.

Podía ser a la inversa también; un paraje idílico puede ser un espantoso cautiverio. En realidad, recordaba de dónde provenía la expresión «espantoso cautiverio»; de Robert Burns, el poeta escocés: «Aquí en este espantoso cautiverio debo despertar y llorar».

La risa de su hijo interrumpió sus pensamientos y la sacó de su melancolía poética. Esta no estaba en absoluto en su naturaleza y, comparada con la mayoría, era una mujer afortunada. Estaba viuda, cierto, pero esa tristeza ya tenía casi un año, y contaba con una muy buena pensión que le permitía no temer nunca la pobreza.

Y tenía a Harry, la alegría de su vida.

Lo observó lanzar otra vez la pelota roja de piel y echar abajo la mitad de los bloques. Estaba desarrollando buena puntería, para ser un niño de tres años, pero claro, su padre era sobresaliente en todo tipo de deportes. Harry sólo tenía de ella los rizos oscuros; en todo lo demás era un Gardeyne puro: mentón cuadrado, ojos castaños, como el pelo, y todo en él indicaba que sería alto y fornido.

Con el siguiente lanzamiento el pequeño hizo volar el resto de la torre. Laura dejó a un lado el diario y aplaudió.

—¡Muy bien, Harry! ¡Muy bien!

Él corrió hasta ella para recibir un abrazo y luego volvió a lanzar la pelota a la torre reconstruida. La pelota sólo golpeó una esquina, pero el sonido que hizo fue como una explosión. El niño volvió corriendo hacia ella.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Laura lo cogió en brazos, pensando «¿Un trueno?».

Pero los grajos habían levantado el vuelo hacia el cielo gris graznando.

¡El sonido fue el de un disparo!

Laura comprendió al instante lo que había ocurrido, pero continuó abrazando a su hijo:

—No te asustes, Minnow. Sólo es tu tío Jack que anda disfrutando de la caza.

La niñera llegó hasta ellos.

—¿Me llevo a casa al señorito Harry, señora?

—No, no. El reverendo Gardeyne no apuntaría jamás su arma cerca de nosotros, y Harry lo está pasando muy bien, ¿verdad, cariño?

Pasado un instante de vacilación, Harry asintió, se bajó de su falda y volvió a su juego.

Con la habilidad conseguida a duras penas, Laura mantuvo una leve sonrisa en la cara, lo observó un momento y luego dejó vagar la mirada hacia el sotobosque que se extendía entre la casa y el pue-

blo Cald de St. Edwin. El disparo había venido de ahí, pero el bosque no le ofreció más información. Los grajos habían vuelto a posarse en las ramas y no había nada más que ver.

Sin duda había dicho la verdad; su cuñado no apuntaría despreocupadamente su arma. Jack Gardeyne era el cura de dos parroquias, la de St. Edwin y la de St. Mark, y buen párroco. Pero como para todos los Gardeyne, cazar, disparar y pescar eran las verdaderas alegrías de la vida.

En sus cinco años de matrimonio, ella se había acostumbrado a vivir entre perros, caballos y armas de fuego. Las armas no la habían preocupado hasta hacía muy poco; hasta que comenzó a sospechar que al reverendo Jack Gardeyne le gustaría ver muerto a Harry.

Sintió bajar unas gotitas de sudor por el espinazo. Intentó, como hacía siempre, convencerse de que ningún hombre, y mucho menos un cura, le desearía mal a su inocente sobrino. Ni siquiera en el caso de que el niño se interpusiera entre él y un título, una fortuna y toda la caza, disparos y pesca que pudiera desear.

Pero no se convencía y no podía dejar de estar atenta a Harry mientras jugaba, como si vigilándolo pudiera evitar un desastre. Pero nadie puede vigilar a un niño todo el tiempo, y cuando se hiciera mayor sería imposible. A un niño hay que permitirle explorar y tener aventuras, pero tal como estaban las cosas en esos momentos, no sabía si podría soportar tenerlo fuera de su vista.

Observó que lanzaba la pelota de cualquier manera, sin ningún tino, y se sentía frustrado. Era la hora de su siesta y...

Interrumpiendo sus pensamientos, se levantó de un salto y echó a correr.

Harry había lanzado la pelota de tal forma que Nan no logró cogerla, e iba rodando hacia el río, y él corriendo detrás. Pero no fue eso lo que la alarmó, sino ver que del bosque había salido un perro negro con la misma intención.

El perro llegó primero a la pelota y la cogió entre sus afilados dientes. Harry ya se había dado media vuelta y venía corriendo en busca de seguridad; hacia ella. Lo cogió en los brazos y lo mantuvo abrazado, susurrándole palabras tranquilizadoras que casi ni ella oía, por lo retumbante que tenía el corazón.

—¡No seas cobarde, Harry! *Bouncer* no te hará ningún daño.

Laura miró por encima de la cabeza del niño hacia el lugar de donde provenía esa sonora voz. Jack Gardeyne venía caminando hacia ellos, con una alegre sonrisa en la cara.

¿Cómo podría alguien verlo como un monstruo? Era un hombre rollizo, de talle gordo, pero alto, como todos los Gardeyne, y todo él rezumaba vigor y afabilidad. Llevaba un arma bajo el brazo, pero apuntada al suelo.

Con su ropa informal de campo se veía todo lo inofensivo que se podría ver, pero con la mano libre llevaba cogidas las patas de un faisán muerto, con la cabeza hacia arrastrándose por la hierba. Laura no les tenía asco a los animales muertos, pero en ese momento ver ese cadáver la hizo estremecerse.

—Tu tío tiene razón, cariño —dijo, disimulando la tensión—. Su perro no te hará daño.

Eso lo dijo más dirigido a Jack que a su hijo. Cuando llegó Nan corriendo, pasó ante Harry, caminó hasta el perro y cogió la pelota.

—¡Suéltala, *Bouncer*!

El perro gruñó.

Aunque la atenazó el miedo por dentro, Laura no soltó la pelota. Quería que Jack supiera que no sólo estaba ante un niño pequeño sino también ante ella. Lo miró, exigiéndole.

A él se le desvaneció un poco la sonrisa.

—¡*Bouncer*, suéltala! ¡Aquí!

El perro soltó la pelota y fue a ponerse al lado de su amo, jadeante. Tal vez fue su imaginación, pero le pareció ver una sonrisa burlona en la expresión del animal.

Jack movió la cabeza de un lado a otro.

—Laura, querida mía, ¿me permites sugerir que tal vez eres sobreprotectora con Harry?

Él había adoptado últimamente esa actitud, tratando de modos sutiles de separarla de su hijo, y temía que poco a poco estuviera logrando poner a su padre, lord Caldfort, de su parte.

—Sólo tiene tres años, Jack —dijo, secando la pelota con su pañuelo—. Ya habrá tiempo para endurecerlo después. —Y le devolvió el ataque—: Me sorprende verte fuera. Supimos que Emma había comenzado las labores del parto.

—Un hombre no puede hacer nada ahí —dijo él—. De hecho, es un estorbo. Ya he pasado tres veces por esto, recuerda.

—Pero espero que todo esté yendo bien.

—Eso dijo la comadrona. Esta vez esperamos un niño, lógicamente. Padre estará complacido. Siempre es bueno tener uno de repuesto además del heredero.

A Laura se le oprimió la garganta, pero lo miró directamente a su alegre cara.

—Sí, eso sin duda, aunque es improbable que le ocurra algo a Harry, ¿verdad? Ahora los niños no mueren con tanta frecuencia como antes.

—¡Alabado sea Dios! Pero de todos modos, su divina voluntad se lleva a algunos inocentes. Los hombres sabios rezan por lo mejor pero se preparan para la desgracia. —Inclinó la cabeza—. Buen día tengas, hermana. Iré a ver cómo está padre y de ahí me iré a casa.

Ella se quedó mirándolo caminar hacia la casa, con la cabeza del faisán muerto arrastrándose por la hierba, tratando de convencerse de que la amenaza sólo estaba en su imaginación.

Jack Gardeyne era un hombre de Dios, y un párroco bastante bueno a su manera. Celebraba los servicios religiosos con responsabilidad, predicaba excelentes sermones y organizaba la atención y cuidado de los menos afortunados de las dos parroquias. Era un

buen padre y un marido amable. En realidad, daba la impresión de que quería más a su Emma de lo que Hal la había querido a ella una vez que se apagó el primer entusiasmo de su matrimonio.

Miró hacia Harry y vio que estaba fláccido en los brazos de Nan, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Es hora de entrar, Minnow —dijo, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común.

Se agachó a recoger los bloques y la pelota, deseando que Jack no fuera caminando hacia la casa. No deseaba otro encuentro con él.

Exhaló un suspiro. Jack era considerado al visitar a su achacoso padre con tanta frecuencia para hablar con él, jugar a las cartas y tal vez reír de chistes picantes masculinos. Ella hubiera hecho eso mismo, incluido lo de los chistes, pero a lord Caldfort no le gustaba la conversación de las mujeres. También creía que las mujeres no deben apostar jamás, y sólo le gustaba jugar a las cartas apostando dinero.

Se enderezó y tiró del cordón para cerrar la bolsa.

Lord Caldfort no era un hombre con el que resultara fácil vivir, pero intentaba ser comprensiva. Al haber sido un hombre activo la mayor parte de su vida, convertirse en un inválido lo agrió. Y fue particularmente amargo que la salud se le estropeará justo cuando cambió su fortuna, al heredar el título y las propiedades de su hermano.

Eran una familia desafortunada los Gardeyne. Su suegro heredó el título debido a que el único hijo de su hermano murió ahogado en el Mediterráneo. Y hacía casi un año murió su propio hijo mayor, Hal, su marido, a los treinta y dos años.

Pero esa mala suerte no continuaría en su hijo; eso ella se lo había jurado a sí misma.

Recogió el diario, miró alrededor para comprobar que no se dejaba nada y echó a andar delante de Nan en dirección a la pendiente para subir a la casa.

En otro tiempo había encontrado encantadora la casa Caldfort. No era grande, lo cual era parte de su encanto para ella, pues se había criado en una casa modesta. Construida hacía sólo cincuenta años, estaba diseñada a la perfección como casa particular de una familia, con algunas habitaciones para alojar bien a ocasionales huéspedes. De proporciones elegantes, tenía muchas ventanas grandes que dejaban entrar la luz.

Sí, le había gustado esa casa cuando sus ocasionales visitas habían sido un descanso de la agitada vida en el mundo elegante. Pero estar clavada ahí para siempre con el amargado lord Caldfort y la extraña lady Caldfort era otra historia totalmente distinta. Y si a eso le sumaba Jack y sus macabras sospechas respecto a él, la casa le resultaba tan atractiva como una celda en la Torre de Londres.

Deseosa del consuelo de tener a su hijo en los brazos, le entregó las cosas a Nan y lo cogió. Harry tenía metido el pulgar en la boca, pero ni siquiera intentó quitárselo. Él sólo hacía eso cuando estaba perturbado y cansado.

Era un niño dulce, confiado, lo más precioso del mundo. A ella le correspondía criarlo. A ella le correspondía protegerlo. Aun cuando a veces sus miedos le parecían insensatos, no podía permitirse desentenderse de ellos. Jamás se perdonaría si a Harry le ocurría algo que ella podría haber impedido.

Cuanto más se acercaban a la casa, más lentos se le hacían los pasos. Normalmente no se permitía entregarse a inútiles pesares, pero en ese momento los tenía instalados en ella. El día de su boda se sintió bendecida por los dioses, pero no encontró verdadera felicidad en su matrimonio, y ahora veía negro su futuro.

Sólo tenía veinticuatro años, y se sentía tan prisionera como si realmente estuviera en la Torre.

Lord Caldfort insistió, con cierta justificación, en que su heredero se criara en esa casa. Le permitía llevárselo con ella cuando iba a ver a su familia, pero en visitas muy cortas. A ella no le limitaban

las salidas, pero ¿cómo podría dejar ahí a Harry, aunque sólo fuera unos días, preocupada como estaba por su seguridad?

Enderezó los hombros y entró en la casa; su prisión, hasta que su hijo tuviera edad para cuidar de sí mismo.

Capítulo 2

*M*ientras atravesaban el vestíbulo embaldosado de mármol, Harry emitió un sonido parecido a un hipo, como si fuera a echarse a llorar. Laura lo cambió ligeramente de posición para verlo; estaba profundamente dormido. Le rozó suavemente la frente con los labios.

¿Habría detectado algo malo en Jack? Se decía que los niños y los animales tienen una sensibilidad especial, y Harry nunca le había tomado simpatía a su tío. Pero no debía construir monstruos de la nada, se dijo. Un perro gruñendo asustaría a cualquier niño.

—¿Qué le pasa ahora?

Sobresaltada, Laura levantó la vista y vio a lord Caldfort, todo hinchado, jadeante, y apoyado en su bastón, en la puerta abierta de su despacho.

—Nada, señor. Sólo está cansado.

—Jack dijo que huyó de su perro, chillando.

—El perro le gruñó, señor.

—¡Lo mimas demasiado! Jack tiene razón. El muchacho debería pasar un tiempo con él. Para aprender costumbres masculinas.

Laura procuró disimular el miedo para que no se le notara en la cara.

—Excelente idea —dijo alegremente—. Pero aún es muy pequeño, ¿no le parece? Se beneficiaría mucho de su atención, señor,

si usted se sintiera capaz de dársela. Usted ha criado a dos magníficos hijos, así que sabe cómo hacerlo.

Eso era adulación descarada, pero él asintió, e incluso se pavoneó un poco.

—Podrías tener cierta razón, querida mía. Ahora no estoy en forma para actividades al aire libre, pero pasaré un poco de tiempo con el muchacho, para enseñarle cómo son las cosas.

Laura le dio las gracias, le hizo una reverencia y se dirigió a la escalera, con la esperanza de que su sugerencia hubiera quitado filo a la impresión dada por Jack. El problema es que era totalmente sensato que un tío ocupara el lugar de su hermano en la orientación de su hijo. En otras circunstancias ella misma lo habría sugerido.

Subió la escalera rogando que todo fuera bien en el parto de la mujer de Jack. Ella se había ofrecido para acompañarla, pero Emma rechazó amablemente el ofrecimiento. Recordando su propia experiencia, a ella no la sorprendió. Entre ella y Emma había un trato cordial, pero eran muy diferentes para ser amigas. En un momento como ese, una mujer desea estar acompañada por personas con las que se sienta a gusto y en armonía.

Sabía que Emma deseaba un hijo varón tanto como Jack, pero cuando entró en la sala cuna y le pasó el niño dormido a Nan, rogó que Emma diera a luz a otra niña. Si había algún fundamento en sus sospechas, que Jack tuviera un hijo podría ser desastroso.

Esa oración no fue oída. Cuando esa tarde bajó para la cena temprana, encontró a Jack con su suegro y los dos estaban sonriendo de oreja a oreja.

Jack le puso una copa de clarete en la mano y lord Caldfort levantó la suya.

—¡Un brindis, querida mía! ¡A la salud de Henry Jack Gardeyne!

Laura se quedó inmóvil, paralizada, con la copa en los labios. Era la tradición familiar llamar Henry a los hijos primogénitos, pero era como si ya estuvieran preparando a un sustituto para Harry.

Jack le sonrió.

—Si no te opones, Laura, queremos llamarlo Hal.

—No, claro que no —dijo ella, y logró esbozar una sonrisa—. Felicitaciones.

Estaba a punto de preguntar por Emma cuando entró lady Caldfort, flaca y despistada como siempre. Se quedó mirando el espacio cuando le dieron la noticia, como si se hubiera olvidado de que su nuera estaba a punto de dar a luz, y luego dijo:

—Qué comodidad. Un heredero por si el otro se muere.

Incluso los dos hombres se sorprendieron ante esa franca declaración de la verdad, pero todos estaban acostumbrados al estilo de lady Caldfort; tendía a decir lo que otros no decían por discreción.

Laura lamentó no haber estado mirando a Jack; podría haberse enterado de algo por su reacción.

Lady Caldfort era una mujer flaca, angulosa, fría, que tenía muy poco interés en los demás y ninguna facilidad para tratar con las personas. Al parecer, el comandante John Gardeyne, lo que era lord Gardeyne en esa época, se casó con ella por su dinero.

Su único interés en la vida eran los insectos, que coleccionaba y ponía en cajas con tapas de cristal, como para exhibirlos. Eso no tenía nada de insólito, pero lady Gardeyne guardaba las cajas en rimeros en un cuarto y jamás los exhibía. A Laura le preocupaba que algún día su suegra se volviera totalmente loca y a ella le tocara cuidarla.

—¿No es hora de comer? —preguntó lady Gardeyne y se dirigió al comedor, aun cuando no habían anunciado la cena.

Mirándose entre ellos, Laura y los dos hombres la siguieron.

Tan pronto como estuvieron sentados, lord Caldfort y Jack comenzaron a hablar de asuntos de la propiedad. Ella, como madre de Harry, tenía interés en saber cosas de la propiedad que sería de su hijo en el futuro. Puso atención, como siempre, reuniendo conoci-

mientos. Finalmente la conversación pasó a detalles de los deportes favoritos de los hombres de la familia, y entonces desvió la vista.

Vio que lady Caldfort estaba mirando ceñuda la vela más cercana. Podría estar enfadada porque no tenía la comida delante, pero igual podría estar cavilando sobre algún problema de entomología. Sabía que cualquier intento de entablar conversación con ella sería inútil. Ya era una veterana, después de cientos de comidas exactamente iguales a esa, con la excepción de que cuando Jack no estaba ahí, generalmente no había conversación. De todos modos, se esperaba que ella asistiera.

¿A cuántas cenas de esas había asistido?

Once meses desde la muerte de Hal; eso haría unas trescientas treinta.

Después del nacimiento de Harry había pasado por lo menos la mitad del año ahí, porque tanto Hal como su padre objetaban que ella lo mantuviera lejos mucho tiempo, y a ella le gustaba estar con su hijo. Había disfrutado haciendo visitas a Londres, Brighton y otros lugares de moda, pero sacrificaba feliz su tiempo para estar con ellos durante las temporadas de caza.

Hal se había quedado allí acompañándola más o menos la mitad de ese tiempo, una cuarta parte del año; sentado frente a ella, mirándola con esa expresión que decía que ya estaba pensando en retirarse pronto al dormitorio para dedicarse a su otro deporte favorito.

Al pensar en ese deporte se le tensó todo el cuerpo, como un estómago hambriento. Apartó la mente de esos placeres perdidos.

Hacer cálculos; ese era su antídoto para la lujuria.

Dos años y cinco meses desde el nacimiento de Harry hasta la muerte de Hal: 2 por 365, más (alrededor de) 150, igual 880. Había estado ahí sin Hal más o menos un cuarto de esas veces: 220.

Más las 330 desde la muerte de Hal: 550.

No, más aún, porque Hal la dejó allí sola durante gran parte de

su embarazo. Le tocó justo en la mejor temporada de caza. A ella no le importó. Su hermana Juliet vino a acompañarla los últimos meses y después llegó su madre. Las Watcombe eran un potente remedio para la agrura y la tristeza.

Tal vez podría añadir 50 para redondearlo a 600.

Seiscientas de esas cenas, y miles por venir. Tal vez se convertiría en una mujer tan excéntrica como lady Caldfort, sólo que su excentricidad consistiría en comer en su habitación con un buen libro o el diario. ¿Qué grado de locura tendría que aparentar para salirse con la suya en eso?

Lady Caldfort comenzó a golpear la mesa con la cuchara.

—¿Dónde está la comida? ¿Por qué no hay servicio en esta casa? ¡Unos vagos, eso es lo que son todos!

Entró Thomas, el lacayo, en la sala.

—Ahora viene, milady. Sólo faltan unos minutos —dijo, y salió precipitadamente.

Lady Caldfort continuó golpeando con la cuchara, con una expresión tan agresiva que Laura temió que estuviera pensando en algún acto de violencia.

—Quítale esa maldita cuchara —le gruñó lord Caldfort.

Laura alargó la mano para quitársela, agradeciendo que él bramara al mismo tiempo:

—¡Déjate de tonterías, Cecy!

Lady Caldfort entregó la cuchara, pero continuó ceñuda.

—Sirve el vino, Jack —le ordenó lord Caldfort.

Jack se levantó a llenar las copas con vino tinto. Lady Caldfort bebió un trago largo y al parecer eso la apaciguó. Laura trató de sentir compasión por ella, ya que había soportado a los Gardeyne mucho más tiempo que ella, pero le resultó difícil. Esa mujer era una absoluta egoísta.

¿De tal madre tal hijo?, pensó, porque Hal había sido muy egoísta en el fondo. A diferencia de su madre, había tenido buena apa-

riencia y una especie de jovialidad que podía pasar por generoso encanto, pero por debajo... Afortunadamente, sí había sido generoso en la cama, porque lo enorgullecía dar placer a una mujer. Ese era el deber de un caballero, afirmaba, pero ella sospechaba que si hubiera sido difícil de complacer, él la habría descuidado. Por suerte para su matrimonio, no había sido en absoluto difícil de complacer.

Lo más extraño es que sólo se hubiera quedado embarazada una vez.

No, no pienses en los placeres del matrimonio. Multiplica el número de copas por el número de platos. A eso súmalo el número de velas que hay en el candelabro.

Afortunadamente, entraron por fin los criados con las fuentes.

—¡Ya era hora! —ladró lady Gardeyne, levantando la tapa de la fuente más cercana y sirviéndose sopa en su plato.

Laura le sonrió a la criada que le presentó la sopera y le dio las gracias. Era una verdadera suerte que Caldfort tuviera un ama de llaves competente y paciente en la señora Moorside, que acudía a ella en lugar de a lady Caldfort cuando surgía algún problema. La sopa, como siempre, era excelente. Una buena cocinera era otra ventaja y ella procuraba no olvidar ninguna de las cosas buenas que tenía.

Era partidaria de que la persona se responsabilice de sus actos. Ella se casó con Hal Gardeyne por su propia voluntad, considerándose la mujer más afortunada de Dorset. Y durante los primeros años se habría descrito como una esposa feliz.

Ella se había hecho la cama y ahora debía aceptarlo, y así lo haría, con la mejor voluntad posible. Incluso se sentiría contenta, si pudiera estar segura de que Harry estaba a salvo.

Una pistola, pensó de repente. Tener un arma le sería muy útil.

Pensando en eso, le resultó grata la pronta y brusca salida de lady Caldfort del comedor. Salió tras ella, aun cuando nadie pensaría que las damas fueran a reunirse en el salón a tomar té. Lady

Caldfort se dirigió pisando fuerte hacia la escalera para subir a sus aposentos. Laura cogió una de las velas de recambio, la encendió en el fuego del hogar del vestíbulo, y se dirigió a la parte de atrás de la casa, a la sala de armas.

Hal le había enseñado a disparar. Para él eso había sido una diversión mientras estaban viviendo sosegadamente en esa casa, y ella también se había divertido con las clases, hasta que él intentó convencerla de que le disparara a un conejo. Ella se negó, por lo que él, fastidiado, dejó de darle clases.

De todos modos, sabía cargar y cebar un arma de fuego, y las de Hal estaban guardadas en la sala de armas, esperando el día en que Harry tuviera edad para usarlas. Espléndidas armas de caza, pistolas de duelo muy ornamentadas, letales y prácticas pistolas grandes para jinetes. Pero la que a ella le interesaba era una más pequeña que él siempre llevaba en el bolsillo cuando salía por la noche.

Cuando entró en la sala no pudo evitar una mueca de disgusto. El anterior lord Caldfort se había aficionado al nuevo arte de la taxidermia, con el fin de conservar sus trofeos de caza. Sobre la puerta colgaba la cabeza de un ciervo, y encima de los armarios había tres zorros, uno con un pollo en el hocico; desde las paredes la miraban diversas aves de presa. Era de suponer que todos los animales estaban bien disecados, pero ella siempre tenía la impresión de que la sala olía a pudrición.

Dejó atrás rápidamente los armeros con armas grandes y posó la vela sobre una superficie para abrir el cajón donde se guardaban las pistolas de Hal.

Estaba vacío.

Con el ceño fruncido abrió el cajón de la izquierda; ahí estaban las pistolas de lord Caldfort. El de la derecha contenía armas viejas, guardadas solamente por su valor como curiosidades. Cerró lentamente ese cajón, pensando que ya sabía dónde estaban las pistolas de Hal.

Jack las había cogido.

Miró a un halcón con ojos de vidrio. Nuevamente, eso no era indiscutiblemente sospechoso. Las armas de Hal eran las mejores que se podían comprar, y si su hermano deseaba usarlas hasta que su hijo tuviera la edad, ¿por qué no?

Pero ella lo sintió como una intensificación de la amenaza. Consideró la posibilidad de coger una de las pistolas de lord Caldfort, pero al final negó con la cabeza. Si la descubrían, ¿qué explicación daría? En cuanto a la pistola de Hal, su intención había sido decir que quería que Harry se acostumbrara a ella, descargada, lógicamente.

Las armas más grandes no serían de ninguna utilidad para ella. Tenía las manos pequeñas y en realidad nunca fue capaz de manejar las pistolas normales de Hal; sólo la más pequeña.

Cogió la vela y salió de la sala, tan desarmada como antes.